

píos y á grandes propietarios, sirviéndose de este título para constituir una nobleza en las provincias como la había constituido en Roma. Así pues se encuentra en todo esa tendencia aristocrática de su gobierno, que hemos señalado más arriba.

Las disposiciones y medidas generales de la administración imperial se armonizaban con la conducta del príncipe, que era para los gobernadores una lección y un ejemplo. Todas las divinidades que quieren entrar en el culto romano son desde luego admitidas; y cada gran división del imperio ve á su dios protegido, honrado y enriquecido por las leyes de Roma. Los judíos tenían un principio religioso radicalmente opuesto al de la pluralidad de los dioses; pero como no se servían de él entonces para reivindicar su independencia nacional, se les dejaba en Roma, enfrente del óptimo y máximo Júpiter, leer públicamente el Pentateuco y las sangrientas ironías con que los profetas flagelan á los ídolos. Recordando cuánta sangre ha derramado la intolerancia religiosa, tendremos en cuenta á los romanos de entonces todo el mal que no hicieron. Notemos además, á propósito de los judíos, que Roma, que les había quitado el derecho de pronunciar sentencia de muerte, les dejó el de indultar un reo anualmente.

Para el servicio militar no era exigente Augusto: necesitaba pocos soldados proporcionalmente á la masa de los habitantes del imperio, porque no establecía guarniciones en el interior, y esta contribución de sangre recaía principalmente sobre las nuevas provincias, cuyas belicosas poblaciones la pagaban sin violencia.

Pero sus veinticinco legiones, puestas enfrente del enemigo, daban á los provinciales un bien que hasta entonces no habían conocido, la seguridad. Las legiones tenían á raya á los bárbaros, guarneciendo las fronteras de fortalezas y campamentos, en que se concentró toda la ciencia militar de la antigüedad, y en los países situados á la espalda construían caminos y puentes, canales y acueductos. Ya los veremos construir anfiteatros, desecar pantanos y plantar áridas llanuras: los vencedores de Accio fueron los que devolvieron á Egipto su prosperidad limpiando los obstruidos canales de su caudaloso río.

VI.—EL COMERCIO.—PROSPERIDAD DEL IMPERIO.

Hemos tratado anteriormente de la nueva organización financiera ó rentística, del catastro, de los caminos, de las comunicaciones ó correos y de la reforma monetaria. El comercio se aprovechó de todas estas medidas y una nueva vida brotó en aquel imperio tan admirablemente dispuesto para una grande y duradera existencia.

En ningún punto de la tierra había encontrado la humanidad condiciones más favorables á su desarrollo que en esos países que de los Pirineos y las Cevenas, de los Alpes y los Balcanes, del Tauro y del Atlas descienden al Mediterráneo con sus innumerables ríos y sus bellas márgenes pobladas de ricas é industriosas ciudades. Bastante amplia para que pueblos numerosos hubieran encontrado acomodo en sus orillas, esta mar estaba también bastante recogida por sus promontorios y sus islas para que las costas opuestas pudieran repetir todos los ecos de todos los puntos de sus riberas. Dicen los físicos que la luz va á perderse en los espacios cuando nada la detiene, pero que si encuentra á su paso un foco que la reciba, la concentre y la despida, multiplicada por una gran potencia, lleva entonces á lo lejos su brillo y su calor. Así iba á suceder en aquel imperio extendido alrededor del Mediterráneo; círculo luminoso donde cada punto brillará no sólo con la luz que le es propia,

sino también con la que recibe; donde se excitará la actividad de un pueblo por la de las naciones que tiene enfrente; de modo que á la grandeza de Roma responderá la de Alejandría, al comercio de Corinto, de Puzolo y Marsella, el de Esmirna, Cartago y Cádiz, á las riquezas en fin de las regiones del Norte la prosperidad de las del Mediodía.

De esta prosperidad nos queda un testigo inteligente y veraz, Estrabón, que en vida de Augusto, hubo de recorrer gran parte del imperio, y él atestigua la actividad mercantil que se desarrolló en cuanto se libró la mar de piratas, la tierra de bandidos, y se cerró el templo de Jano. Veremos así un lado de la vida antigua al que no se le concede la atención que merece. En el vasto conjunto de la historia del imperio romano, las cuestiones económicas tienen su lugar necesario al lado de las cuestiones políticas y militares; porque el comercio hizo entonces por el mundo romano lo que hará un día por la Europa moderna, acercó los pueblos y las ciudades, cuyas profundas diferencias hemos señalado, y creó, para tres siglos, si no la idea de una patria común, á lo menos el mismo interés en conservar la *Paz romana*.

Suele decirse que el comercio era para Roma un objeto de desprecio (1). Si, acaso para los romanos de los primeros siglos, aunque bien firmaron tratados de comercio con Cartago; pero no ciertamente para los del imperio que tenían otras ideas que los antiguos quírites, como tenían otro origen y otras costumbres. ¿Qué hacían en Asia, más de medio siglo antes de Accio, los 80,000 italianos que encontró allí Mitrídates, y en Utica aquellos 300 grandes comerciantes romanos, cuyos esclavos bastaron para la guardia de la ciudad?

«En la Narbonense, dice Cicerón (2), no se mueve un denario que no pase por las manos de un romano.» ¿Habrían venido á ser tan pronto romanas las provincias sin el comercio, y sin el comercio hecho por italianos residentes? Ni las disposiciones administrativas ni las colonias hubieran podido obrar tan rápidamente esta fusión; pero cuando se encuentran comerciantes romanos entre los sicambros, los marcomanos y los irlandeses, en la Arabia Pétreá y en la Táuride; cuando se sabe que por cuenta de Roma iban anualmente ciento veinte barcos á visitar las costas de la península del Ganges, y que Pompeyo había hecho estudiar el camino de la India por el Caspio, el Oxo y la Bactriana (3), ¿puede decirse que el comercio era odio-

(1) Esta preocupación era, sobre todo, griega, y los filósofos hubieron de mantenerla, aunque sin éxito. Jenofonte (*Econom.* IV) dice: «Los oficios arruinan el cuerpo y dejan sin energía el alma.» Aristóteles (*Polít.* III, 3): «Deben negarse los derechos de ciudadano á los artesanos;» ni aun quiere que el ciudadano labore la tierra (VII, 9). Platón (*Leyes*, VIII) se lo prohíbe formalmente, y lo condena á un mes de prisión, si hace algún negocio (*Ibid.* I, 11): es el ideal realizado por los espartanos, los cretenses y tesalios. Cicerón se hizo eco de estas doctrinas en Roma (*de Off.* I, 42). Pero desde los primeros tiempos se dividió el pueblo en gremios, *κατὰ τέχνας*; (Plut. *Numa*, 17), y se constituyó un gremio de comerciantes bajo el patronato de Mercurio (Tito Livio II, 27). Antes de la segunda guerra púnica, prohibió una ley á los senadores el negocio, sin permitirles más que un barco de cierta capacidad (300 ánforas) para trasportar sus cosechas. (Id. XXI, 63). Durante la guerra contra Aníbal, son empresarios los que se encargan de las provisiones del ejército, y no bien se ha conquistado una provincia, cuando acuden á ella los negociantes romanos con su avidez acostumbrada, dice Diodoro (V, 26).

(2) *Pro Fonteio*, 5. Floro empeña á los treviro á comenzar la guerra por la matanza de los negociantes romanos (Tacito, *Ann.* III, 42). No bien estuvo hecha la conquista de las Galias, cuando ya acudieron á ellas los especuladores romanos. El gran tumulto comienza en Cenabum por la matanza de los ciudadanos, *Romani qui negociandi causa ibi constiterant* (Caes. *de Bello Gall.* VII, 3).

(3) Los géneros de la India se vendían al céntuplo (Plinio, *Hist.*

so á los romanos ni que se avenían á abandonar á los provinciales los provechos del inmenso tráfico que se hacía en todo el imperio?

Los griegos honraban el comercio y lo favorecían con sus instituciones, por lo cual era muy floreciente en el Mediterráneo oriental; pero el movimiento había penetrado en España, en Galia y hasta en la Panonia. «La navegación de la Iberia occidental hasta las columnas de Hércules es muy bella, dice Estrabón, aunque con algunos inconvenientes en el paso del estrecho. No es menos bella en el Mediterráneo, donde se hace el resto de la travesía en un clima dulce y sereno, sobre todo en alta mar... y en aguas no surcadas ya por los piratas; de manera que nada falta á la seguridad de los navegantes. Todos los años, barcos de gran porte llegan de la Turdetania á Dicaerquia (Puzolo) y á Ostia, en tanto número como los de Libia.»

Cuando Horacio necesita poner en escena un rico comerciante lo llama «el opulento patrón de un navío de España,» y para mostrar su desdén á la fortuna «no pedirá á los dioses, dice, poder navegar impunemente tres ó cuatro veces en el Atlántico (1).»

Los romanos seguían pues en este mar el derrotero de los cartagineses. Tácito habla en efecto de negociantes italianos que traficaban con Irlanda, y Suetonio presenta al pueblo dividido en tres clases, en tiempo de Augusto: *plebs urbana, aratores, negotiantes*. Y á pesar de la indiferencia de los historiadores antiguos para los hechos de este orden, hasta se ve que la cuestión del trabajo, la más viva preocupación de los tiempos modernos, se agitaba á orillas del Tíber, hace mil ochocientos años. Tácito desciende de las alturas en que lo retiene su genio para deplorar que por la falta de trabajo, hubiera llegado la escasez á tomar las proporciones del hambre (2).

Augusto, que había disminuído el número de las fiestas para aumentar el número de los días laborables, no hacía más que tres veces al año la distribución de la anona, temiendo que el pueblo se desviara del trabajo. Prueba de la atención dispensada por la administración á los negocios mercantiles es la precaución que tomaron las ciudades de conservar los marcos de las pesas y medidas en un templo bajo la custodia de un dios, y este dios, según una inscripción, no era el fácil Mercurio, sino Hércules. Los romanos habían medido la densidad del agua, del vino, del aceite, de la miel, y á fin de prevenir todo error habían tomado por unidad de peso cierta cantidad de agua de lluvia. El comercio se aprovechó más aún de la regularidad del sistema monetario.

Roma, con su millón y medio de habitantes, era el mercado principal. Como se acumulaba en él una gran cantidad de metales preciosos, se hacía un consumo enorme, porque la población de las grandes ciudades consume mucho más, en número igual, que las poblaciones rurales. Pero Italia producía poco vino, de que sólo se exportaban calidades inferiores; aceite (3), excelente trigo en corta

nat. VI, 26). Según Varrón: *Pompeii ductu exploratum*. Estrabón dice también (XI, 7, 3): El Oxo es de tal modo navegable, que por su canal se traen fácilmente las mercancías indias hasta el mar Hircanio, desde donde, por otros ríos, llegan hasta el Ponto Euxino.

(1) *Hor. Carm.* I, 31, 38, y III, 6. La navegación á vela y remo era más rápida de lo que creemos. Según Plinio (XIX, 1), se iba de Ostia á la costa de Africa en dos días, á Marsella en tres, á Tarragona en cuatro, á Cádiz en siete y á veces en seis. Pero no podía navegarse en el rigor del invierno, á lo menos impunemente.

(2) *Hist.* I, 86. *Fames in vulgus, inopia quastus et penuria alimentorum*.

(3) Plinio (*Hist. nat.* XV, 2) pone el aceite de Venafro en primer lugar, y en segundo el de Bética y el de Istria. Pausanias (X, 32)

cantidad; lanas, de las cuales algunas, como las de Tarento y Cisalpina, eran de lo mejor que se conocía, según Columela. Tenía también manufacturas de tejidos y fábricas de cacharrería, de azufre, de azafrán, de miel; pero nada de esto bastaba á saldar el precio de las importaciones que recibía (4) y tenía que pagar la diferencia en numerario; de modo que por la industria y el comercio, recobraban de Roma las provincias lo que le habían dado en tributos. Solamente los géneros de la Sérica, de la India y de la Arabia costaban anualmente al imperio veintidós millones (5). El amo de casa que no cargaba de perfumes á sus convidados pasaba por un hombre sin formas ni conveniencias sociales, y una matrona sin perlas era como un magistrado sin lictores. Muy presto será menester añadir á las perlas toda clase de piedras preciosas.

Había también en Italia algunas grandes ferias anuales: la más famosa se celebraba en Feronia, donde los poseídos de la diosa atravesaban en ciertos días del año, descalzos é impunemente, un lecho muy extenso de cenizas calientes y ascuas. Nuestro geógrafo habla además de géneros italianos, pero acaso de origen español ó galo, depositados en Efeso, y de los vinos de Italia, que con los de Laodicea y Siria, servían como de objetos de cambio en las ciudades situadas á orillas del mar Rojo.

Fuera de esto, Horacio da á entender que Roma hacía también el comercio de exportación, pues amenaza á su libro con servir un día para envolver mercancías destinadas á Utica ó á Ilerda. Como en París y por las mismas causas, la industria de Roma era sobre todo industria de lujo. Allí había gran número de cinceladores, fundidores, tintoreros, bordadores, pasamaneros, ebanistas, operarios de estuco, de bronce, de plata, de oro, etc.

El comercio de libros era también muy considerable, porque en la tienda de Atrecto, un *Marcial* encuadernado y forrado de púrpura y bien alisado con piedra pómez, no se vendía menos que á 5 denarios. Fabricábase además en Roma mucho papel y mucho vidrio. Se imaginaron muchas mezclas para variar los colores de este producto y se llegó á poder vender vasos tan baratos como entre nosotros, á medio as la pieza.

prefiere á todos el de Titore, en la Fócide, que se servía en la mesa de los emperadores. Los mejores vinos eran los de Aminea y Nomento, el Falerno, el Masico, el Cécubo, tantas veces cantado por Horacio, el de Setia, digno de Baco, etc.

(4) Roma recibía mármol de la Grecia, del Asia Menor, de Egipto y de Numidia, el nardo de las Indias y de Siria, el bálsamo de Jericó, perlas, piedras preciosas, cuyo uso vino á ser frecuente en tiempo de Augusto. La púrpura, las telas de Cos y de Atalia, *attalica vestis*, tisú de oro; el marfil y el ébano, de Etiopía; el cristal, de la India. En las mesas se servía el pavón de Samos, la grulla de Melos, el faisán de Cólquide, la lamprea de Tarteso; merlos de Pesinunte, élopos de Rodas, escaros de Cilicia, pechinas de Quios, gallinas de Numidia, ocas de Galia, avellanas de Tasos, dátiles de Egipto, vinos de todas las costas del Mediterráneo, aceite de Africa, de España y de Grecia, etc. etc.

(5) Casi podría decirse en Roma, porque aquí se hacía, sobre todo, el consumo de estos géneros. Los comerciantes de aromas poblaban todo un cuartel (Horacio, *Epist.* II, 1). Nerón quemó en los funerales de Popea más incienso que toda la Arabia Feliz daba en un año. Plinio añade (*Hist. nat.* XII, 41): *Tanti nobis delicia et femina constant!* ¿Qué diría ahora que el comercio con la India solamente de una de las más pequeñas y pobres provincias del imperio es anualmente de mil millones? Verdad es que las antiguas declamaciones contra el lujo no están ya en uso, ahora que el comercio y la industria se proponen, no asegurar el goce de algunos, sino acrecentar el bienestar de todos. La riqueza, fruto de las rapiñas y del trabajo esclavo, como era el caso en Roma, es un mal, porque nacido de la violencia alimenta ordinariamente el vicio y la corrupción; la riqueza, fruto del trabajo libre como en nuestras ciudades modernas, es un bien, porque excita la industria, desenvuelve la inteligencia y obliga á los que la consumen á compartir el salario con los que la producen.

Tres puertos servían para el abastecimiento de Roma y para la salida de las mercancías de la Italia central: Rimini para la recepción de los géneros de la Cisalpina; Ostia y Puzolo para los trigos de África y los productos de España, de Galia y de Oriente. A fin de disminuir los embrazos de Ostia, que no era entonces más que un mal anclaje, dobló Augusto la vía Apia, en la travesía de las lagunas Pontinas, con un canal de desecación y navegación que desembocaba en Terracina. Desde Puzolo se alcanzaba por mar el canal, donde algunos barcos remolcados por mulas llevaban a los comerciantes y sus mercancías poco voluminosas hasta unás treinta millas. Los trasportes por tierra hechos por esta parte, no tenían que recorrer más que una breve distancia para ir á Roma.

La Cisalpina exportaba gran cantidad de maíz, género de cosecha que preserva del hambre, dice Estrabón, porque no falta nunca; pez, vino, que se envasaba en toneles tan altos como casas; las lanas dulces de Módena y las burdas de Liguria ó del Milanesado; en fin, grandes manadas de puercos para el consumo de Roma. Padua era el centro de una gran fabricación de mantos y tapices de pelo largo.

Sicilia daba trigo, ganado, lana y miel de Hibla, rival de la de Himeto, bellas cinceladuras y las telas preciosas fabricadas en Malta, donde había telares establecidos desde el tiempo de los fenicios. Cerdeña no tenía más que sus cereales.

La Galia apenas había entrado en las vías de la civilización para que sus exportaciones fueran muy extensas. Pero la Narbonense producía todos los frutos de Italia, aceite, vino en gran cantidad y muy buenas lanas; la Galia Cabelluda, mucho trigo que se exportaba á Italia, mucho maíz, bellotas y ganado de toda especie. «Ningún terreno está allí inculto, añade Estrabón, y la admirable disposición de sus ríos permite trasportar fácilmente sus mercancías, ora al interior del país, ora del Océano al Mediterráneo y recíprocamente.»

Marsella y Narbona eran los dos puertos de exportación para los sayos galos, con que se vestían los esclavos italianos, para las telas de lino de Cadurcum (Querci), las salazones de los secuanos, las mejores que se conocían en Roma, las faldillas militares de Arras y los paños rojos cuya superior calidad les hacía competir con la púrpura de Oriente. Estas dos grandes ciudades se comunicaban con el interior por medio de otras plazas que hacían ya un comercio bastante activo: en el Garona, Tolosa y Burdeos; en el valle del Ródano y del Saona, Arles, Nimes, que tendrá pronto su puente del Gard, Viena, Lyon, donde el oro de los tectósagos y tarbelios y la plata de los rútenos y gábalos se habían convertido en moneda; Autun, que iba á ser célebre por sus escuelas; Cenabum, en el Loira, adonde acudían los negociantes romanos, aun antes que terminara la guerra de las Galias; Tréveris, en el Mosela; Reims, en fin, que olvidará de tal manera su origen gálico, que vendrá á llamarse la hija de Remo y pondrá en sus armas la loba y los dos gemelos.

Estrabón habla de mercancías llevadas del Saona al Sena por la isla de Bretaña, la cual daba en cambio, cueros, hierro, estaño, ganado, esclavos, y como hoy, los mejores perros de caza. Dentro de medio siglo dirá Josefo: «La Galia tiene en su seno un recurso inagotable de toda clase de bienes, que esparce en el resto de la tierra;» y Sacrovir, en tiempo de Tiberio, opondrá la prosperidad de las Galias á las miserias de Italia.

Para aumentar el valor de las tierras de Italia, se prohibió por un senadoconsulto el cultivo de la vid y del olivo á los pueblos transalpinos. Preciso es que la Narbonense

fuera exceptuada de esta medida, como lo fué de muchas otras, en razón de su proximidad á Italia, porque Fonteyo impuso un derecho á los vinos que circularan por esta provincia, y la gente de Viena cosechaba en las colinas, que nosotros llamamos Cuesta Tostada (*Rotie*) un vino que se conocía con el nombre de *Picatum*, y se vendía en Roma á 1000 sestercios (200 francos) el ánfora, unos 25 litros.

España suministraba una masa considerable de productos: trigo, vino, aceite, que era famoso, particularmente el de Mérida, miel, cera, plantas tintóreas, pez, salazones, tan sabrosas como las del Ponto, ostras recogidas á lo largo de sus playas, bermellón que no cedía á la tierra de Sínope, y se vendía en Roma á 70 sestercios la libra, sal, ya extraída de las lagunas situadas entre Cádiz y Gibraltar, ya sacada de minas riquísimas como las de Castilla y Cataluña, donde se encuentran las famosas rocas de Cardona, compuestas de sal bastante dura para que se puedan esculpir estatuas. Ya era famosa España por sus lanas, y se compraban sus carneros hasta un talento por cabeza. Las telas de Sétabis y de Ampurias eran de incomparable finura. También era rica en esparto de que se fabricaban cuerdas, etc.

Pero su mayor riqueza consistía en sus minas, abundantes en oro, plata, cobre y hierro (1). En el Norte de España, los cerretanos y los cántabros exportaban excelentes jamones, «que procuran á estos pueblos un comercio muy ventajoso.» Los caballos de los cántabros y astures, pequeños, pero muy ligeros y dóciles, tenían tanta estimación desde que los venetos abandonaron la cría de los suyos, que los romanos llamaban á los corceles de premio *Asturiones*, y Posidonio comparaba á los caballos de los celtíberos con los de los partos por su extremada velocidad.

Al Norte de Italia el vino rético pasaba por óptimo ó tan bueno como los mejores de la península, y los montañeses de los Alpes cambiaban por los géneros que necesitaban, miel, cera, resina y quesos. Por el monte Ocro, el punto más bajo de los Alpes orientales, se acarreaban las mercancías de Aquilea á Nauporto, en el Leybach, afluente del Save, desde donde bajaban hasta el Ister para ir, ya á Segesta, ya al país de los panonios y tauriscos. Aquilea, que poseía muy ricas minas de oro, era el centro de este comercio y entregaba á los bárbaros vino, salazones y aceite, recibiendo en cambio esclavos, ganados, peletería, aquel hierro del Nóricos tan estimado para la fabricación de espadas, y el ámbar que provenía de las orillas del Báltico.

Así, con las provincias del Norte no había más que un comercio de cambio, cuya base formaban los artículos ó géneros alimenticios. En Galia se despertaba la industria; en España y sobre todo en la Bética se desarrollaba: metalurgia, tejidos, economía rural, pesquería, todo tomaba incremento.

De la Grecia y de sus islas, sacaba Roma algunos caballos, porque la despoblación del país favorecía allí esta industria; la miel de Himeto y de las Esporadas, los vinos de Quios y de Lesbos, el cobre y los higos secos de Chipre, los perfumes fabricados en Atenas y en Corinto, algu-

(1) Diodoro, V, 36; Plinio, *Hist. nat.* XXXVIII, 2. Había minas de hierro y muy buenas fábricas en el cabo *Dianio*, llamado á causa de esto por Pomponio Mela, *Ferraria*, y excelentes aguas para el temple cerca de Bilbilis y de Turisio. Horacio elogia las corazas españolas, *loricis Iberis* (*Carm.* I, xxix, 15). En las minas de oro de la Bética, se encontraron barras de oro del peso de 10 libras romanas. Plinio (*ibid.* XXXIII, 4). En Turdetania, la cuarta parte del mineral sacado de las minas era cobre puro (Estrab. III, 7). Había estaño en Galicia y plomo en Castalón. El Tajo y los demás ríos de la Lusitania arrastraban pajitas de oro (*Id. ibid.*). Plinio (*ibid.* XXXIII, 21) estima que Galicia, Asturias y la Lusitania daban anualmente y por término medio unas veinte mil libras de oro.

nos manjares reservados para la mesa de los ricos, como los pavos reales de Samos, las grullas de Melos, el pescado de Rodas, de Quios y del mar Negro; además, los mármoles del Pentélico, de Paros y de Quios, el cobre de Corinto y de Eubea, las telas ligeras, el *byssus* de Elide, lino finísimo tan estimado de las damas romanas, el eléboro de Anticira, precioso específico que, según se creía, curaba la locura y que Perseo aconsejó á Nerón.

Las quinientas ciudades del Asia, ricas, pobladas, industriosas, consumían mucho, pero producían más: telas pintadas, telas milesianas, objetos de arte, estatuas, bronce, joyas de oro y de plata, anillos de Bitinia, hierro cincelado de Cibra, tapices de Laodicea, vasos de Trales, preciosos mármoles de Sínada, jaspeados de rojo, tintes de Hierápolis, vinos de Molo, que servían para hacer añejos á los otros. Por estas ciudades pasaba gran parte del comercio de Oriente. Los géneros de la China, de la India y la Tartaria, lanas, pieles, piedras preciosas, sedería, esclavos, acero sérico, llegaban por el Oxo, el Caspio y el istmo Caucásico á Dioscurias, «donde se encontraban los negociantes de setenta pueblos» (1).

Los tapices y tejidos de Babilonia, los géneros preciosos del Oriente, traídos por el golfo Pérsico, la Arabia septentrional y la Siria interior, pasaban por Palmira y Tapsaco, desde donde seguían á Mazaca, y después á Efeso, la principal plaza de comercio del Asia, á pesar de su mal puerto. Las ciudades del Tanais, Panticápea y Fanagoria, á orillas de la laguna Meótide, hacían un oficio idéntico con las ciudades situadas á su espalda. Los escitas les daban lana, pieles, esclavos, y el oro del Ural ó del Altai, á cambio de vinos, de telas y de mil objetos traídos por los comerciantes griegos. Entonces, como ahora, se hacían grandes pescas en las turbias aguas del Tanais y de la laguna Meótide.

La Fenicia daba siempre la púrpura tiria, que se vendía en Roma á más de mil denarios la libra (mil francos), la madera y el aceite de cedro, que se tenían por incorruptibles, por lo cual los sacerdotes hacían de esta madera las estatuas de sus dioses, y los poetas para asegurar la inmortalidad de sus versos frotaban con este aceite los rollos que los guardaban para la posteridad, *cedro digna locutus* (2). Fenicia exportaba para Egipto y para todas las ciudades situadas á orillas del mar Rojo los vinos de la Siria y los de Italia, y además mucho vidrio cuya fabricación se hacía, sobre todo, en Sidón.

Egipto, que mil ochocientos años antes de nuestra era, traficaba con la India y la China, exportaba, además de su trigo (*sacra embola*), diversas clases de telas, vidrio de color y de alto precio que Alejandría fabricaba (3), papiro y alumbre; y sacaba del mar Muerto asfalto para embalsamar; de la Palestina el bálsamo de Jericó, que se ponía en el nácar de la perla y se vendía á gran precio; del África, negros muy solicitados para esclavos en Italia, en Grecia y en Sicilia, plumas de avestruz y marfil; de la Arabia, aromas, incienso y polvo de oro; de la India, especias, canela, pimienta, jengibre, mirra, nardo, concha, cinabrio, materias

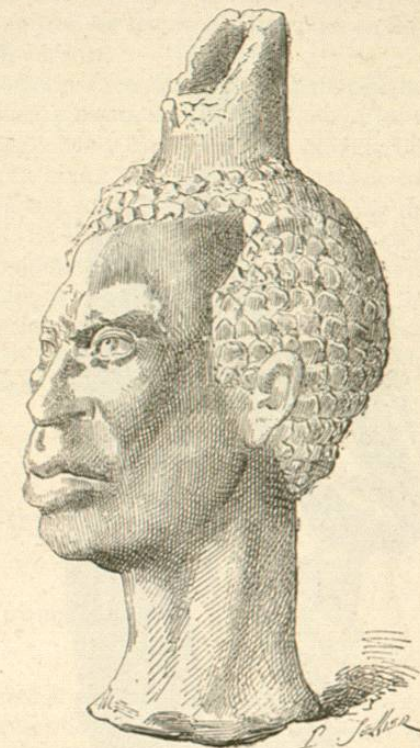
(1) Plinio, *Hist. nat.* VI, 5, 19; IX, 63, 4; Estrabón, XI, 498. La Bitinia enviaba á Italia quesos muy estimados (Plinio, *ibid.* XI, 42); el Ponto daba alumbre, acacia, madera de construcción (Horacio, *Carm.* I, xiv, 11) y la Cólquide hierro de temple excelente (Virgilio, *Georg.* I, 58).

(2) Pers. *Sat.* I, 42; Horac. *de Arte poet.* 332: linenda cedro.

(3) Plinio da en muchos lugares el precio de estos objetos en Roma. En tiempo de Aureliano, una libra de seda se cambiaba por otra libra de oro (Vopisc. *Aurel.* 45). César dió una perla que costaba más de un millón (Suet. *Jul. Cas.* 50). Se intentó cultivar el árbol de la pimienta en Italia (Plin. *ibid.* XVI, 59).

tintóreas, copas y vasos murrinos (4), piedras preciosas, perlas, telas de algodón y de seda.

A propósito de este comercio indio se ha hecho constar un procedimiento extraño: para la India se hizo Augusto monedero falso. Los indios, que, respecto de los romanos, eran vendedores, no compradores, recibían mucha plata acuñada. Como se observó que no sabían distinguir la moneda falsa de la auténtica y legal, los monederos del emperador hubieron de fabricar para la exportación, denarios adulterados que se han encontrado en gran cantidad en la costa de Malabar, mientras ellos no los introducían



Vaso en forma de cabeza de negro (5)

en el imperio sino en muy escasa cantidad. La operación era pues tan lucrativa como reprobable (6).

El África se resentía aún de los desastres causados por la guerra civil. Sin embargo, el territorio de Cartago era uno de los graneros de Roma y aquella ciudad, que salía de sus ruinas, reanudaba sus antiguas relaciones con el interior del país. El camino abierto por Hannón hacia el Senegal y la Guinea, estaba sin duda cerrado, pero no es cierto que las seis ciudades fundadas por este general, al Oeste de las columnas de Hércules, hubieran ya desaparecido, porque no hacía mucho tiempo que Sertorio, según testimonio de muchos patrones de barco, proponía á sus soldados ir á establecerse á las islas *Fortunatas*. Las relaciones con las Canarias duraban todavía. El polvo de oro que los comerciantes romanos encontraban en la Mauritania, podía

(4) Estos vasos de que dice Propertio: *Murreaque in Parthis pocula cocta focis*, parece haber sido de porcelana de China y se vendían muy caros (Plin. *ibid.* XXXVII, 7).

(5) Encontrado en Acerra. *Notizie degli scavi di antichità*, 1878, V, núm. 8.

(6) El mapa de Peutinger señala cerca de dos ciudades de la costa de Malabar un *Templum Augusti*, lo que supone en aquel lugar una factoría de comerciantes romanos. Era el uso tener en todas las ciudades comerciales una *cámara de armadores*. La lengua que se usaba en los cambios en Oriente era el griego, que hablaban, dice Filóstrato, los príncipes del Norte de la India y todos los letrados. Séneca (*Cons. ad Helv.* 6) y Plutarco (*de la fortuna de Alejandro*) confirman este testimonio.

muy bien llevarse allí por la vía de mar más bien que por el camino de Sahara tan peligroso como largo.

Cartago expedía pues para Roma animales feroces ó gacelas destinadas al anfiteatro, caballos húmedos, maderas preciosas, polvo de oro, marfil, negros, mármol de Numidia y aquellas piedras que se llamaban por su nombre griego calcedonias, de que se hacían vasos de mucho precio.

Hemos dicho en otro lugar lo que daba la Cirenaica. A espaldas de esta provincia pasaba la vía comercial que unía el Este, el Sur y el Oeste del Africa. La gran caravana, que partía del alto Egipto, atravesaba los oasis de Ammón (*Syuh*), de Augila (*Audjelah*) y de los Garamantes, donde



Augusto de toga (1)

encontraba á los comerciantes de Leptis, y después descendía al Sur por el país de los Atarantes (*Tegerry*) y de los Atlantes (*Bilma*) para encontrar á los de la Nigricia.

Esta vía descrita por Herodoto, hace dos mil trescientos años, es todavía la que siguen las caravanas del Cairo hasta las fronteras del Burnú, porque la naturaleza no ha trazado otra. Después de la tercera guerra púnica, Leptis heredó este comercio, que tuvo que partir con la nueva Cartago, aunque reservándose la mejor parte.

Para casi todas estas mercancías, el mar era el mejor camino que seguían millares de naves encargadas de hacer el transporte. No teniendo brújula ni reloj marino, cuando las nubes y las brumas cubrían los astros podían desviarse de su rumbo al punto de arriba, como el barco de San Pablo á Malta en vez de entrar en el Adriático. Por eso se

(1) Museo del Louvre.

suspendía la navegación en el invierno, tanto por la cerrazón del cielo como por el amago de las tempestades. Pero por tierra guiábanse los viajeros por muchos puntos y señales, por torres de fuego y faros, que los griegos habían inventado y multiplicaron los emperadores. El más famoso era el de Alejandría, que tenía unos 160 metros de altura, y un alcance de 60 kilómetros la luz que se encendía en su cúspide.

Así bajo la protección y solicitud de una administración vigilante, se extendía la vida civil, y los pueblos tomaban ó renovaban los hábitos de estos provechosos cambios, cuyas ventajas conocían desde larga fecha la población griega y los antiguos súbditos de los cartagineses, y de cuyos provechos participaban los romanos, que eran los banqueros del mundo, hacía siglo y medio.

Dos cosas aseguraban esta prosperidad general: un gobierno que concedía mucho á la iniciativa individual, y una profunda paz que no mantenía la fuerza ni el temor. Léase en Josefo el discurso de Agripa: «Un cónsul sin un soldado manda en las quinientas ciudades de Asia, y tres mil legionarios bastan para la guarnición de aquellos países tan rebeldes á toda autoridad, el Ponto, la Cólquide y el Bósforo. Cuarenta navíos han llevado la seguridad á los inhospitalarios mares del Euxino, y la Bitinia, Capadocia, Panfilia y Cilicia pagan tributo, sin necesidad de fuerza armada que las obligue á ello. En la Tracia dos mil hombres; en Dalmacia, España y Africa, una legión; en la Galia mil doscientos soldados, tantos como ciudades tiene. He aquí las fuerzas que aseguran la obediencia de esas vastas y poderosas regiones. ¡Ah! sólo Dios ha podido levantar al pueblo romano á semejante grado de poder y felicidad. Una rebelión contra él sería una rebelión contra Dios.»

A esta idea de un levantamiento afortunado, Tácito también se espanta, pero por la humanidad entera. «Si los romanos desaparecieran de la tierra, ¿no lo permitan los dioses! ¿qué vendría después sino la guerra universal entre las naciones? Han sido necesarios ochocientos años de fortuna y disciplina constantes para levantar este coloso, que aplastaría con sus ruinas á quien intentara falsearlo (2).»

Pero nadie tenía tal pensamiento. Plinio presenta á las naciones olvidando sus antiguos odios y descansando de sus inquietudes y peligros en el seno de una paz, que no era sino una prolongada fiesta.

Hay que desconfiar de las demostraciones oficiales de la gratitud pública: todos los poderes las han tenido, aun la víspera de su caída; porque el poder está rodeado de un esplendor que atrae á la multitud y la fascina. Pero si los templos, los altares consagrados al genio de Augusto, los juegos quinquenales instituidos en todas las ciudades en su honor eran prueba de la adulación universal, eran también prenda de sentimientos verdaderos, y atestiguando Virgilio la felicidad de Roma en el seno de la profunda paz y de la serena grandeza que Augusto le había dado, era el eco sincero de la opinión pública. Cuando representa las innumerables víctimas inmoladas en los altares de los trescientos templos que el príncipe ha reconstruido, los himnos religiosos que las mujeres entonan en los sagrados recintos, Augusto sentado en el umbral de la mansión de Apolo, pasando revista á los cautivos de las naciones ó haciendo

(2) Hist. IV, 74. *The roman was emphatically a peacemaker to the ever-warring, self-destroying barbarians. Without the providential interference of Rome the savage tribes of Europe would have in time annihilated each other (The Romans of Britain, by A. Ch. Coote, 1878, p. 21).*

suspender de las columnas de los templos los donativos de los pueblos y de los reyes, parece que se ve á la ciudad entera estremecida de alegría y de gratitud (1).

Oíd también á Plinio el Antiguo hablando con una especie de piedad religiosa de aquel pueblo escogido por los dioses para reunir los imperios dispersos, suavizar las costumbres, acercar por medio de la comunidad del lenguaje los idiomas discordantes y salvajes, dar á los hombres la facultad de entenderse y amarse y abrazar, en fin, en una misma patria á todas las naciones de la tierra (2).

Pero al entusiasmo del filósofo y del poeta prefiero un testimonio menos brillante, pero más cierto. «Un día que Augusto navegaba á lo largo de las costas de Puzolo, los pasajeros y los nautas de una nao de Alejandría se acercaron á saludarlo engalanados con blancas vestiduras y guirnalda de flores. Ante él quemaron incienso como ante un dios, diciéndole al mismo tiempo: «Por tí ¡oh Augusto! vivimos; por tí somos libres, y á tí te debemos nuestras riquezas y la seguridad de que gozamos.»

Quedó Augusto tan complacido de estas demostraciones tan sencillas como espontáneas, añade su biógrafo, que hubo de distribuir cuarenta monedas de oro entre los hombres de su séquito, á condición de emplear este dinero en comprar mercancías de Egipto.

Los días siguientes dió á los alejandrinos togas romanas

y á los romanos mantos griegos, y quiso también que cambiaran de lenguaje ó sea que los griegos hablaran en latín y los latinos en griego (3).

Era una doble imagen de la mezcla que comenzaba á hacerse entre las naciones; mezcla que se hubiera consumado á buen seguro, si esta prosperidad hubiera dependido de las instituciones, siempre más duraderas, en vez de depender de la efímera vida de un hombre.

Hay que sacar otra consecuencia de la fatigosa pero necesaria exposición, que hemos desarrollado en este largo capítulo. Si el comercio trasportaba mucho, claro es que abundaban los productos agrícolas é industriales. La industria y la agricultura se encontraban pues en un estado próspero y floreciente.

Esta laboriosa actividad exigía numerosos brazos; brazos de esclavos, y brazos de hombres libres: á los unos daré el trabajo acomodo y bienestar; á los otros la libertad apetecida, y este gran comercio será una causa de emancipación, que cambiará las condiciones económicas de la antigua sociedad. En los campos, á medio camino de la libertad y de la servidumbre, se formará la clase de los colonos; y en las ciudades la de los pequeños industriales, que para protegerse mutuamente se asociarán en corporaciones ó gremios. Este será el principio de una evolución social que heredará la Edad media.

CAPITULO LXVIII

ORGANIZACIÓN DE LAS FRONTERAS

I. — FRONTERA DEL ESTE Y DEL SUR.

Hacia el año 19 a. J. C., época del último viaje de Augusto á Oriente, la obra de la fundación del gobierno imperial, como él lo había concebido, estaba terminada. Seis años hacía que había cerrado el templo de Jano y la tranquilidad reinaba en los ánimos y en las provincias. Cepión y Murena que se habían atrevido á conspirar contra una prosperidad tan extraordinaria, no habían encontrado cómplices. El trabajo volvía á tomar posesión de aquel mundo de que se le había expulsado, y por una excepción, rara en la historia de las naciones, una gratitud unánime saludaba como á un dios salvador al autor de todos aquellos bienes.

Augusto, sin embargo, no había hecho más que la mitad de su tarea: restábase asegurarse, por la política ó por las armas, de muy fuertes fronteras, para que importunas agresiones no vinieran á turbar aquel gran trabajo de pacificación. En Europa era menester fortificar la gran barrera del Rin, encerrar los Alpes en el imperio y llevar al Danubio los puestos avanzados de las legiones; en Asia, poner á la Armenia bajo la influencia romana é intimidar á los partos; en Africa, contener á los nómadas y restablecer en aquel viejo mundo las antiguas vías de comercio seguidas por los cartagineses y los Tolomeos.

A dar fe á un documento oficial, hízose todo esto con innumerables victorias. «He sido proclamado, dice Augusto, veintiuna veces *imperator*: por las victorias de mis tenien-

tes, decretó el senado cincuenta y cinco veces acciones de gracias á los dioses, y en mis triunfos, nueve reyes ó hijos de reyes iban delante de mi carro.»

El nuevo príncipe no fué tan belicoso; tenía poca afición á la guerra, y en la historia militar de su reinado han de verse más bien una serie de grandes medidas y disposiciones políticas que combates y conquistas. Ningún soberano buscó más sinceramente que Augusto la paz en la guerra.

En Oriente, donde la sociedad griega, desde muy larga fecha sometida y segura, le dejaba poco qué hacer, hubo de aprovechar su residencia para determinar las relaciones del imperio con los armenios y los partos. Por esta parte no tocaban los romanos al Eufrates sino por la Siria, y salvo este corte la línea de las fronteras, desde el Ponto hasta el mar Rojo, estaba cubierta por Estados vasallos. Augusto acababa de asegurarse de su fidelidad; aquí cambiando los jefes, allá concediendo favores, como había hecho con el capadocio Arquelao y con Herodes, rey de los judíos, cuyos dominios había aumentado. Estos cambios, hechos con autoridad, la presencia de Augusto, la proximidad de un ejército romano y, sobre todo, el respeto impuesto por la marcha sabiamente ordenada de un imperio tan agitado antes, hubieron de producir en el ánimo de armenios y partos una impresión tan profunda como favorable y depusieron las armas sin combate.

En Armenia reinaba á la sazón Artaxias, hijo de aquel Artavasdes tan indignamente tratado por Antonio y naturalmente enemigo de los romanos. El año 20, intrigas que no conocemos y que llama Tácito una maquinación de sus deudos, pero donde puede verse sin escrúpulo la mano de

(1) *Aeneid*, VII, 710. V. también *Hor. Carm.* IV, v, 17 y sig. *Tutus vos... rura perambulat, Pacatum volitant per mare navita.*

(2) *Plin. Hist. nat.* III, 6.

(3) *Suetonio, Octav.* 93.